

Carlos Sambricio

Hoy sabemos cuánto conocer una ciudad supone tener la capacidad de perderse, paseando por ella y Benjamin comentó, en su **Infancia Berlinese** cuanto el deambular sin rumbo permite valorar los espacios urbanos que forman parte nuestra memoria. Si el "flâneur" de Baudelaire recorría las calles, observando las novedades que aparecían en las vitrinas de las tiendas, Benjamín por el contrario reclamaba la reconfortante sensación de quien -al conocer bien el territorio de su paseo- buscaba no tanto los cambios y si la posibilidad de entender y la ciudad desde distintas perspectivas.

Corremos el riesgo, al creer que conocemos bien la realidad de nuestra ciudad, de ignorar una más que importante realidad oculta a nuestros ojos: la de las propuestas diseñadas que nunca se llevaron a término. Hace casi treinta años, Alberto Humanes organizó en el COAM una singular exposición sobre "el Madrid no construirlo" presentando propuestas y proyectos de edificios y monumentos del pasado nunca llevados a término. Centrada básicamente en mostrar ideas concebidas desde el siglo XVII a mediados del XX, quizás conviniese hoy replantear aquella reflexión, centrando el interés en lo ocurrido en los últimos 50 años, entendiendo como el paso del Madrid de 1950 a la actual Metrópolis obliga conocer no solo la realidad de la ciudad sino también, y sobre todo, los proyectos que definieron su identidad.

Cada día es más difícil perderse por Madrid por cuanto que nuestro territorio cotidiano -al haber superando con mucho la ciudad los límites definidos por el primer desarrollismo, trastocando su escala- apenas es sino parte ínfima del gigantesco mosaico urbano. Y repetir la experiencia formulada en aquellos mismos años 60 por quienes proponían trazar en un plano de la ciudad los recorridos diarios realizados a lo largo de un mes, dibujando incluso encima de lo marcado, con intención de comprender cuál es la parte de ciudad que utilizamos, permitiría constatar no solo cuanto nos son extraños determinados barrios históricos sino también cuanto desconocemos zonas hasta hace poco sin urbanizar, áreas para los que se formularon propuestas urbanas y se trazaron proyectos hoy olvidados.

Conocer la realidad consiste, en consecuencia, en entender la complejidad del Saber urbano, conscientes de cómo la identidad de la ciudad supone tanto el conocimiento de lo construido como el conjunto de las propuestas que, por diversas razones, no se llevaron a término. En este sentido recuerdo que, al estudiar hace años la arquitectura del racionalismo europeo, encontraba una expresión alemana (*Im Schatten das Wind*) que explicaba la complejidad del momento al sugerir estudiar, frente a la ortodoxia del Movimiento Moderno, que había sucedido "a la sombra del viento", en el sotavento de la realidad arquitectónica. Comprender que había sucedido en la parte oculta, en el debate mantenido por quienes rechazaron modas y gestos novedosos llevaba a entender la complejidad cultural de aquellos años; muchos años más tarde la expresión de utilizó como título de una brillante novela: familiarizados en consecuencia con la expresión y asumiendo cuánto conocemos poco de esa cultura por estratos que define nuestra realidad urbana, buscar comprender que fue el pasado no construirlo no es tanto un ejercicio artístico de erudición cuanto profundizar en nuestras señas de identidad, valorar los gestos de una cultura latente todavía en nuestra memoria y comprender cuanto, de haberse llevado términos, nuestro paseo por la ciudad sin duda habría sido bien distinto del que hoy podemos llevar a término.

III congreso internacional de arquitectura CONSTRUTEC COAM
international conference on architecture

la belleza en los medios de producción
beauty in the means of production